

ALIA

Revista de Estudios Transversales
Número 7 06/2018

Los editores **Prólogo** p. 2

Mosè Cometta **L'Università e il neoliberalismo** p. 3

Joshua Beneite-Martí

**Giro en la ética ambiental: antiespecismo,
postecología y apantropinización** p. 13

Ignacio Marcio Cid **No todo: algo menos, un poco.
Sobre la ambición omnicomprendiva
de la filosofía.** p. 28

Alex Escamilla Imparato **Catalunya
escrúpulo europeo.** p. 38

Alejandro Villamor Iglesia **Acerca de la relación
entre pensamiento y lenguaje:
los argumentos de Davidson y Bermúdez** p. 47

Adolfo Silván Martí **Más allá de la ventana,
el mundo. Reflexión filosófica de un profesor
retirado** p. 60



*Adolfo Silván Martí**

Más allá de la ventana, el mundo. Reflexión filosófica de un profesor retirado

Quiero agradecer la oportunidad de publicar este escrito a mi amigo el doctor Ignacio Marcio. También, y muy especialmente al Dr. Manuel Baldiz, psiquiatra y psicoanalista, autor y conferenciante que me ha hecho valiosas sugerencias y que me ha acompañado en mi modesta singladura intelectual durante prácticamente cuarenta años. Creo que, sin nuestros diálogos, mi manera de pensar sería otra. También a la Profesora Pilar Español, amiga muy querida, por tantos años de afecto y respeto.

ABSTRACT

Un repaso informal a la experiencia de cuarenta años de profesor de enseñanzas medias. Se pasa revista a cuestiones vigentes: ¿cómo concebir y practicar una filosofía dirigida a los adolescentes? ¿cómo pensar la realidad presente, desde la vida retirada de un profesor jubilado?. Se toma un enfoque derivado de la lectura constante de Platón, Heidegger, Freud y Lacan, amén de muchos filósofos de corte clásico.

KEYWORDS

Filosofía fácil / Adolescentes / Retrospección / Heidegger / Psicoanálisis

0. La Filosofía me ha dado muchas cosas y ha hecho muchas cosas conmigo. Ahora, cuando ya no me gana la vida con ella y vivo alejado de las aulas y el ambiente escolar, he recibido el encargo de escribir un artículo y me he puesto en acción. Al final, sin saber muy bien por qué, esto se ha convertido en un ajuste de cuentas con esa vieja, humana e inevitable disciplina intelectual. He pasado revista a lo qué es la filosofía para mí, al tipo de inteligencia que se pone en juego en su práctica, a los efectos que produce su ejercicio, a lo que hace a quien la explica y a quien la recibe, a los temas que perennemente aborda.

Todo eso lo he hecho sin demasiado orden, pero con total y sincera honradez. Creo que, como mínimo, este artículo tiene el valor del balance que un profesional puede hacer del ejercicio de su tarea: de su negocio que, en este caso, ha sido también un peculiar y gratificante tipo de ocio.

1. Alguna de las cosas que pienso decir en estas líneas es que prefiero a la filosofía académica, la filosofía mundana o cotidiana. Decir existencial podría inducir a confusión. Si dijera existencial, no debería de entenderse en el sentido filosófico del término.

Durante los años en que he explicado lecciones de filosofía en mis plazas de profesor de bachillerato, he tenido la impresión, nítida y persistente, de que al

* Adolfo Silván Martí, Barcelona 1951 es profesor y catedrático de filosofía de bachillerato desde 1976. Ha ejercido la docencia en diversos institutos de bachillerato. Ha sido profesor formador del ICE y ha coordinado el Practicum del Master de Profesores de Secundaria para la UB. Ha dictado numerosas conferencias y publicado diversos artículos. Ha dirigido carteles de trabajo para la Escuela Europea de Psicoanálisis y dirigido actividades de filosofía y arte, filosofía y cine para el programa cultural del Ayuntamiento de Barcelona.

explicar el pensamiento de los diferentes autores también me explicaba a mí mismo. Quiero decir que me involucraba de tal manera en mi propio discurso que, llegado un momento, me hubiera resultado imposible saber si lo que atribuía a los autores en realidad lo añadía yo o realmente provenía de ellos.

Entiendo que esa manera de proceder ha restado valor académico a mis lecciones, pero, quiero creer que, a cambio, las ha dotado de una autenticidad inquestionable. Con ello, como mínimo, me ha podido quedar la impresión de que mi condición de profesor de filosofía ha sido, más que una propiedad accidental y transitoria, un auténtico atributo: una propiedad que ha formado, prácticamente, parte de mi esencia. Como la sabiduría fue un atributo de Sócrates o el saber enciclopédico de Montaigne o la autoexigencia y el rigor del comportamiento y la obra, de la vida y el pensamiento de Kant o de Wittgenstein.

He sido, pues, hasta que se ha pasado mi tiempo, profesor de filosofía y eso ha conformado no solo mi forma de pensar, sino también mi relación con muchas de las personas que he tratado y, desde luego, mi forma de estar en el mundo... Para lo bueno y para lo malo; con las satisfacciones, los disgustos, los goces, las penurias y todo el conjunto de vivencias que he experimentado por causa o por mor de mi actividad profesoral.

Quizás, incluso probablemente, esta preferencia por la filosofía mundana, de la que he hablado antes, derive de mi escasa capacidad para el pensamiento más abstruso. Desde luego, no es ésta una oposición que ignore la que hacía David Hume en la *Investigación sobre el Entendimiento Humano* entre la filosofía abstrusa y la fácil.

Hume proclama la mayor utilidad de la filosofía fácil para la mayoría de los seres humanos: utilidad para su vida, para hacer de su vida un objeto más agradable y soportable. Las mentes más robustas, si gustan de ello, que se entreguen a los goces de la filosofía más abstracta, dice el gran filósofo escocés, pero que no obliguen a nadie a seguirles en sus especulaciones... Al final de la obra establece que las cuestiones intelectuales que no se derivan de cuestiones de hecho o de relaciones entre ideas, no pueden contener más que ilusión y superchería.

Antes de seguir adelante, debo decir que la manera filosófica de pensar me ha apartado muchas veces de personas amigas. Incluso en alguna ocasión he tenido que pasar por el trance no agradable de que amigos se mostraran despreciativos con alguna de las posiciones que he defendido. Entiendo que eso es lógico. Si Sócrates sabía sobre su no saber, en muchos diálogos platónicos se encuentra con personajes que encarnan la ignorancia de la propia ignorancia. Céfalos y Polemarco, en la *República*, representan la ignorancia ingenua e insalvable de los que comulgan con el saber popular y con la tradición... Merecen respeto y ante la incapacidad de definir, callan y se distraen. Dirigen su atención hacia lo que no es esencial. Pero el joven Trasímaco, como Calicles en el *Gorgias*, se muestran despreciativos con Sócrates... Se burlan de él. No quieren saber, entienden el conocimiento como un pugilato narcisista. A esos no hay más remedio que soportarlos y aceptar que no desean saber ni mejorar su vida... Que, probablemente, solo quieren el placer y el triunfo sin cumplir con deber alguno... Y morir en la cama sin dolor, después de haber paseado su capricho impunemente.

Es difícil, ahora, sostener que la realización tiránica de los caprichos hace al ser humano infeliz. Y por eso es imposible que quien no piense algo parecido pueda apreciar el valor humano del pensamiento filosófico.

A Sócrates le convenían personas que, ante las contradicciones que él forzaba con su técnica, guardaran silencio, pusieran en duda sus certezas, escucharan

y quisieran saber. Esos son el buen otro para el que dice filosofía. Tal como en los matemas lacanianos se indica, la técnica del profesor de filosofía es ocultar su saber ignorante, pero evidenciar que posee algo de valor. Enfrentar al otro con su propia limitación y hacerle desear ser lo que no es y tener lo que no tiene... En todo eso el amor, sea el eros o la philia, tiene mucho que ver. Recuerdo a menudo cómo me fascinó la definición lacaniana de amor: Dar lo que no se tiene a quien no lo es. No dar capitales de conocimiento acumulativo, si no más bien, instrumentos para que el otro pueda alcanzar la fuerza que uno mismo no posee.

En cierto modo me refiero a lo que Luís Miguel Dominguín afirmó con motivo de la muerte de Manolete: “Es que no entendía a los toros”¹. Parece una afirmación taoísta. El torero de la leyenda no sabe de toros... El sabio más sabio, no sabe, quiere saber. Son dos formas de docta ignorancia que cuestan la vida.

John Lennon dijo: “La vida es lo que pasa mientras nos ocupamos de otra cosa”². Se podría decir que esa ocupación puede ser el juego del intelecto discursivo. Mientras el pensamiento se eleva a las alturas del concepto, la vida se escapa inadvertidamente y sin dejar frutos. Si el cantor calla, calla la vida. Un profesor de filosofía, tal como yo lo entiendo, no puede tener como objetivo que sus alumnos aprendan, sino que intuyan que en el pensamiento la vida no queda despojada de ninguno de sus cargos, pero se enriquece. La filosofía impele a hacerse cargo, entre otras cosas, de la vida. De modo semejante a como el psicoanálisis responsabiliza, que no culpabiliza, al sujeto de sus síntomas.

Sócrates afirma, o Platón se lo hace afirmar, que no es legítimo quitarse la vida, porque la vida no es suya, es de los dioses. La vida es un envenenado regalo tanto como una oportunidad, y no puede arruinarse por descuido. Y, es evidente que, al hablar de la vida, me refiero también a lo que la vida nos ha dado: nuestras cualidades, y eso se entiende mejor desde una posición no católica ni marxista, no son méritos de los que vanagloriarse, sino pertrechos que deben ser usados de buena manera.

Esa idea no es más que la versión sencilla del *Humanitätsbildung* (*formación humana*) de Herder, Goethe, Nietzsche o Heidegger. Cabe una forma más auténtica, intensa, rica y excelente de vivir... Y a ella, entre otros caminos, puede conducir la reflexión y especialmente, la reflexión filosófica. El lema de Goethe, que tanto gustaba a Freud: “Aquello que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo.”³ y en el que inspira la tesis central de la segunda tópica que expone en su escrito *El Yo y el ello*: “Allá donde ello era, el yo debe advenir”⁴, lo sugiere. En la misma línea el subtítulo que Nietzsche da a su autobiografía escrita en Torino, *Ecce Homo*: “Cómo se llega a ser lo que se es”⁵.

André Breton, en su novela *Najda* dirá: “La Vida no tiene nada que ver con lo que se escribe.”⁶ Pero el personaje de *Najda*, Leona, le dice: “Escribirás una novela sobre mí. Te lo aseguro. No digas que no. Ten cuidado: todo se desvanece, todo desaparece. Algo nuestro debe perdurar”⁷. Y cuando dice esas cosas, Najda, que es

1 Entrevista en TVE a Luís Miguel Dominguín. Inhallable.

2 Frase de Lennon: Es un fragmento de la canción “Beautiful boy” del L.P. “Double fantasy” (1980) y aunque muchos la atribuyen al propio Lennon, al parecer la extrajo de un escrito de Allen Saunders en “Readers Digest” de 1957.

3 Frase de Goethe citada por Freud: (*Fausto*, parte 1, escena 1). Freud la menciona en dos ocasiones: *Totem y tabú* (FREUD, Sigmund, *Totem y tabú*, Obras, tomo 13, Buenos Aires: Amorrortu, 1976, 1ª ed., p. 159) y *Esquema del psicoanálisis* (FREUD, Obras, tomo 23, pp. 208-209)

4 FREUD, 31 de *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Obras, tomo 22, p.74.

5 NIETZSCHE, Friedrich, *Ecce Homo: cómo se llega a ser lo que se es*, Madrid: Alianza, 1985.

6 BRETON, André, *Najda*, Madrid: Cátedra, 1997, pp. 167-168.

7 BRETON, 1997, pp. 181-182.

el principio de la palabra Esperanza en ruso y el nombre de una prostituta a la que Breton conoció, está expresándose filosóficamente. No hay filosofía cotidiana que no haya recibido formulaciones poéticas. El niño, el loco, como Najda y Breton, son filósofos, y tal como Foucault detecta, habitan en regiones próximas a la verdad.

La verdad es más una cuestión de sentimientos que de pensamiento lógico.

El texto de Breton es de 1927. La protagonista, una mujer que le ama. Es el mismo periodo en que se aman profundamente Heidegger y Hannah Arendt. Quien ama, o siente alguna clase de pasión vital fuerte, ha hallado una circunstancia idónea para pensar la vida, mientras vive. En la emoción la vida se atrapa y si se da reflexión y manifestación discursiva conceptual, entonces la Vida se manifiesta bajo la forma de un producto filosófico.

La filosofía no abstrusa es aquella que piensa la vida desde la experiencia que de su vida tiene el filósofo. El autor es un a priori de la reflexión filosófica, y sus sentimientos la probable raíz de su reflexión.

Cuando el autor no se siente sentir, su pensamiento es solo fruto de la relectura. Y la filosofía que es solo fruto de la relectura, puede ser conceptualmente muy potente, pero solo es Filosofía Académica. También Hume advierte de que el filósofo no debe olvidar que antes que filósofo es un hombre.

No es pensamiento filosófico auténtico el que no retorna a lo que los filósofos han pensado, pero no es pensamiento filosófico útil el que no se construye sobre las bases del sentimiento.

Quiero, a propósito de esto, referirme a un poema. Es el último escrito de Heidegger. Lo redactó muy poco antes de su muerte.

“Más instaurador que el instaurar / Más fundante que el pensar / Queda el agradecimiento. / Lo logrado es el agradecimiento / Lo devuelve aquel ante / la presencia de lo inaccesible / A la cual nosotros, los mortales / Todos, desde el inicio, / Somos apropiados”⁸.

Sus últimas palabras fueron: GRACIAS.

Se trata de un enunciado perlocucional. La concepción heideggeriana de la filosofía, opta por una concesión a la practicidad: hay que dejar que las palabras hagan algo. No es solo una traducción del pensamiento. Son palabras que hacen cosas. Agradecen. Aquí convendría detenerse a pensar lo que es la gratitud. Sin duda algo que se siente, que se formula, que se da, como retorno de lo que se ha recibido. Incluso aquello de lo que uno carece, en mi caso de la capacidad para el pensamiento abstracto, puede ser merecedor de un agradecimiento. Agradecer lo mucho que en la práctica vital se aprende de las propias carencias. Gracias a que no tenemos y a que hay alguna clase de saber sobre ello, podemos ser agradecidos.

El agradecimiento nace de la percepción del valor vital de las posesiones y las carencias que en la relación con el otro se revelan como características propias.

Quizás sería más lógico que Heidegger hubiera pedido el perdón, pero en lugar de ello dio las gracias. Nunca pidió un perdón que probablemente no se le hubiera dado. Un perdón que se puede suponer que no creía necesario ni merecido. Esas gracias es posible que se dirigieran a Arendt, Jaspers y Jean Beaufret, que le dieron una vida en segunda instancia. O una nueva oportunidad, al estilo de la que trataré cuando hable del relato *El milagro secreto*, de Borges.

Una vida en segunda instancia que Heidegger vivió vuelto hacia adelante, mirando hacia el horizonte. El *dasein* está ahí y no es apto para volverse atrás. Es

interesante: las oportunidades se dan para probarlo de nuevo. Lo hecho queda como una sentencia escrita y no recurrible.

Sorprende que el teórico del olvido del ser, no tuviera memoria para algunos actos determinantes de su biografía, actos para nada inocuos.

Debería reconocerse que la gratitud es un sentimiento más positivo que la culpa. Y que, por lo tanto, acabar agradeciendo es más constructivo que acabar en el arrepentimiento. Sobre estos asuntos reflexionó Spinoza muy profundamente en su *Ética*.

Es muy hermoso y agradable pensar que la filosofía, como último resultado, produzca personas agradecidas.

Un trasunto de esto se encuentra en la narración platónica del final de la vida de Sócrates. Su último encargo a Cebes, cuando el veneno que ha bebido ya le aproxima hacia el sueño sin sueños o a la orilla de la patria perdida, es para dar las gracias a Esculapio. El agua de la vida está emponzoñada. La condición humana más esencial es la de un condenado a muerte que, por algún milagro secreto, ha obtenido un inesperado aplazamiento. Volveremos sobre eso cuando se haga referencia al relato de Borges, el *Milagro secreto*, tal y como he apuntado más arriba.

Sócrates y Heidegger formulan un sentimiento de gratitud que muy ciertamente tiene como destinatario a la vida. Igual que hará Wittgenstein cuando, dos días después de haber recuperado el estado de ánimo necesario para hacer filosofía, le hace un ruego a la esposa del médico que le ha ofrecido su hogar para morir: “Dígales que ha sido una vida maravillosa”. Se refiere a sus amigos. Parece que hubiera vivido para otros.

O Kant, que, ante el rector de la universidad de Königsberg, a muy poca distancia temporal de la demencia y la muerte, se mantiene de pie, para hacer patente su reconocimiento de la formalidad y que, finalmente, agotado afirme: “Qué bien, aún conservo un rasgo de humanidad”⁹.

Subrayemos que el filósofo necesita de otro para que su filosofía llegue al mundo. Me permito plantear la posibilidad de que ese lugar para la voz transmisora intermedia, sea el del profesor de filosofía.

Me refiero, claro está, al buen pobre profesor de filosofía de enseñanzas medias.

El profesor de filosofía de enseñanzas medias que tiene a un otro idóneo para recibir su verbo: el adolescente... Es decir, el que carece y el que crece. Es verdad que el adolescente es el alumno indicado para que el profesor de filosofía le muestre el camino de la vida: por carecer es crédulo, concede la oportunidad de que le expliquen, y porque está creciendo puede asimilar e integrar los pensamientos y saberes nuevos. El adolescente es el portador de la materia para aprender la vida más auténtica: aún le apremian el saber y la necesidad de cuidar de sí mismo, saber de lo que no sabe, ponerle palabras a lo que es más difícilmente expresable. Todo porque el soporte familiar se ha vuelto insuficiente. Ya no mira a la casa. Ahora mira a través de la ventana, al mundo. Se ha de dar a sí mismo, entre otras cosas, un sentido, una cordura y una sexualidad más allá del ámbito familiar. Nadie sino él podrá dárselo. Más tarde será demasiado tarde. Será imposible. La filosofía solo provocará la burla del adulto alineado ideológicamente: la burla que recibieron Anaxágoras, Sócrates o Kierkegaard, la descalificación que practican las tribus mentales mayoritarias.

9 WASIANSKI, *Immanuel Kant in seinen letzten Lebensjahren, en Immanuel Kant. Sein Lehen in Darstellungen van Zeitgenossen. Die Biographien von L. E. Borowski, R. B. Jachmann und E. A. Ch. Wasianski*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft,, 1993, p. 264.

Las emociones se integran en el hacer de los filósofos. Lo hacen de un modo característico. Heidegger habla de una vida auténtica.

La filosofía proporciona instrumentos para vivir de modo no trivial, ni rutinario. La filosofía es un instrumento para enfrentarse a la travesía muy particular del propio tiempo vital. El asunto que conviene esclarecer es el del modo en que la filosofía cumple esa peculiar misión.

Adelantemos que lo hace cuando el filósofo aprende a utilizar los pensamientos ya previamente formulados y los aplica a los asuntos que se ponen en juego en su vivir cotidiano: a sus deseos, sus miedos, sus dolores, sus dudas. La filosofía es un arma poderosa para pensar temporalmente y pensar la propia temporalidad y la propia época. La filosofía es una actividad política: que educa.

2. La filosofía, aunque no sea academicista, es pensamiento riguroso. Es su característica el rigor conceptual y la precisión terminológica. Tal como entendió Kant, un concepto es una regla para pensar las experiencias de la propia vida.

Desde Sócrates, Platón y Aristóteles, no cabe el pensamiento riguroso, (aquel que lleva a superar la contradicción que se plantea entre escépticos: nada se puede saber y por lo tanto la verdad es imposible de alcanzar y relativistas: todo es verdad y por lo tanto no cabe pensar en una verdad universal y compatible), sino es en el saber conceptual: saber es saber definir y el saber de la definición lleva al saber del decir. Al saber del sentido, lógico existencial, personal y en último término vital de lo dicho. Hacer filosofía es, antes que otra cosa, saber lo que uno se dice.

Tal como he planteado al principio, comprometerse en el propio decir. Que eso es ser un profesor de filosofía.

Después de eso, del adiestramiento analítico-dialéctico, ya viene la síntesis comprensiva, aquella que Platón llamó la visión sinóptica y que, entiendo yo, solo es expresable por medio de metáfora: la del uno mismo, la del bien, la de la belleza, la de la forma pura, la del fantasma primigenio, el paraíso perdido, el ser como horizonte, o la verdad que el pasante formula en el final del análisis por medio de un testimonio, o el auténtico psicoanalista explicita en su praxis y en su tarea de formador y maestro en los grupos de trabajo, los congresos y bajo cualquier forma de publicación de su saber fundado en la experiencia clínica y el estudio. Hago referencia a la institución lacaniana del pase, con que se cierra el proceso psicoanalítico. El psicoanálisis produce psicoanalistas, como el pensamiento filosófico produce filósofos, amantes del saber permanentemente inquietos y en busca de un saber satisfactorio.

Las nociones que he planteado en el apartado anterior quedarían envueltas en una nebulosa de imprecisión si no hiciera ahora un trabajo encaminado a esclarecer cómo entiendo que se lleva a cabo el acto de pensar, y pensar, filosóficamente. Lo voy a hacer, pero adelanto que también en mi caso lo que queda es el sentimiento de gratitud.

La filosofía no es la deriva metonímica, ni la asociación libre de palabras e imágenes, ni el azar objetivo, de que habla Aristóteles en el libro segundo de la *Física*, llamándole la causa de lo casual, o el efecto sorprendente del escarabajo al que se refiere Jung, ni, por descontado, la escritura o el pensamiento automáticos.

Breton y Louis Aragon se entrenaban a recoger y conservar las ideas que sobrevenían a su mente cuando estaban a punto de dormirse. Lo hacían porque sabían, quizás por haber leído a Freud, que esos significantes enlazados por una sintaxis peculiar, eran portadores de un significado. Yo creo que más que portar

un significado lo que hacían era crear un efecto de significación muy poderosamente dotado de la fuerza de crear emociones y sentimientos, de fuerza poética en mayúscula.

La filosofía, de haber seguido ese camino, sería pensamiento surrealista. Y no digo que eso la privara de su fuerza de penetración en la verdad, pero esa sería una penetración poética más que filosófica. Eso sería surreal, en el sentido en que se acuña ese término en la tragedia *Las tetas de Tiresias* de Guillaume Apollinaire¹⁰. Este escritor francés dijo en 1917 que cuando los seres humanos tuvieron la necesidad de mejorar su forma de desplazarse, inventaron la rueda, que no tiene nada que ver con los pies, lo cual resulta completamente surreal.

Ha habido filósofos muy surreales, pero igual que ha habido poetas muy filosóficos. Heráclito, San Agustín, Nietzsche son buenos ejemplos de lo primero. Villiers de l'Isle Adam, Jean Joris Huysmans o Jorge Luis Borges, de lo segundo. Lo específico de la filosofía es la aspiración a ocupar un lugar cognitivo y expresivo no superponible ni coextenso con el lugar de la creación poético literaria o del producto discursivo psicoanalítico.

Ese ámbito específico de la filosofía, según yo entiendo ahora, es un lugar que ocupa un discurso generador de verdad y que nace, según formula con exactitud Adorno, de un anhelo de conocimiento asociado a un ideal de vida justa¹¹.

Muy sencilla manera de presentar como básica la conexión que en la filosofía ha de darse entre la emoción (el deseo y el miedo lo son, igual que el placer y el dolor) y el pensamiento discursivo. Adorno se pregunta de qué manera se podría anhelar tanto a lo bueno si no se despreciase con tanta intensidad lo malo.

En el libro de relatos *Los Tíos de Sicilia*, Leonardo Sciascia, al evocar su estancia en España durante la guerra civil, en el relato *El Antimonio*, plantea que el camino hacia la justicia requiere derrotar al fascismo constitutivo que nos caracteriza como individuos. Me atrevo a decir que más a los hombres que a las mujeres... pero también a ellas. Tarea ética, proyecto de superación personal, aspiración a una vida auténticamente humana. De eso se trata.

Adorno y Sciascia están pensando lo mismo, pero lo formulan en claves expresivas diferentes. Así puedo empezar a explicar cómo entiendo yo la filosofía y la práctica profesional que me ha ocupado durante cuarenta años. O casi cincuenta.

Un viaje, sin puerto de salida ni de destino conocidos. Una travesía entre una oposición y una jubilación. Una representación desarrollada frente a un desfile incesante de cuarenta añadas de alumnos, a muchos de los cuales se ama. O por lo menos se respeta. Una travesía en que no puede olvidarse que el merecedor de una oportunidad no es el maestro, sino el alumno. El maestro antes que de otra cosa ha de ocuparse de no destruir más que lo imprescindible en su alumno / discípulo. Eso que debe de ser derrotado, es su juvenil complejo de omnipotencia mental.

La filosofía ha de herir, sembrando la duda y reventando los sistemas de flotación de la creencia ingenua, pero ha de proporcionar instrumentos para mantenerse a flote. Mal profesor el que luce su saber y acompleja al que no puede ponerse a su altura.

Infame profesor. Recuerdo la definición que Borges hace de la filosofía en el prólogo de su *Historia Universal de la Infamia*, viene a decir que la filosofía es el honrado intento de poner en orden el sistema de nuestras confusiones. Nada en Borges es improvisado.

10 APOLLINAIRE, Guillaume, *Las tetas de Tiresias*, Buenos Aires: Ed. Gog y Magog. 2010.

11 ADORNO, Theodor, *Terminología Filosófica*, Madrid: Taurus, 1976.

3. Tendré que explicar el sentido del título de este escrito. En su momento lo haré. Puedo anticipar que se inspira en lo que escribe Wittgenstein en los *Notebooks* de 1914-18. Yo estoy frente a mi mundo, como mi ojo está frente a su campo de visión. Yo no soy parte de mi mundo...soy en todo caso quien da sentido a ese mundo: soy, dirá el pensador vienés, el portador de la ética, la estética y la lógica. Entiendo: el portador de las palabras y conceptos que me permiten descubrir un orden en ese mundo. O imponerle un orden. El trabajo de construcción de mi mundo se hace a partir de esos a priori de los que soy portador y con el vivir según mi forma. Soy, y cada uno lo es del suyo, creador de mi mundo¹².

No es una cita literal, sino un desarrollo de lo que el autor vienés escribe entre junio y agosto de 1916. Evoquemos el título de la magnífica autobiografía del escritor y médico portugués Miguel Torga.

La creación del mundo y el sentido de este son por su parte el quehacer de mi vida y la tarea de mi pensamiento. El “Conócete a ti mismo y cuida de ti mismo” del oráculo.

Hace poco leí un ensayo autobiográfico de un amigo muy próximo que emplea el paseo descendente por la calle de Muntaner como metáfora de su vida. Nació cerca de Muntaner en la parte alta y luego desciende. El mundo es lo que va recorriendo. El mundo de la familia, el mundo de los amigos, de los colegas profesionales, de los amores y el matrimonio, de la paternidad, de la orfandad y luego el del ahora.

Indicaré ahora que, en el título de este escrito, entre mí y el mundo hay una ventana. ¿Es quizás una metáfora del sentimiento de alejamiento e impotencia que padece la subjetividad ante la objetividad? ¿O una insinuación del voyerismo escópico del sujeto humano? ¿O, tal vez un modo de hacer ver que las cosas no están tan a la mano como Heidegger indica?

La cosa es más simple: yo, con mi conciencia al cargo, estoy separado del mundo. Esa es una actitud muy propia de la filosofía. Vivo en una permanente suspensión de la acción, a la espera del momento en que la reflexión haya sido suficiente.

La actitud fundamental del filósofo es la de un escepticismo mesurado. El filósofo se toma su tiempo para hacer las cosas medianamente bien, lo mejor posible.

Vuelvo a una idea ya formulada: no he sido persona dotada para el pensamiento muy abstracto o muy formal o muy riguroso. No me he entendido bien con los sistemas de significantes no interpretados. Tengo la debilidad de quien continuamente necesita del ejemplo.

Sin embargo, creo que en la filosofía que conviene más a mi forma de ser hay verdaderamente inteligencia. Claro: no es la inteligencia dialéctica o matemática. Es una inteligencia no propedéutica de un saber superior, difícilmente alcanzable para los no dotados; pero es una auténtica inteligencia.

Es una inteligencia rara, no reconocible como tal por la mayoría. Es pues la inteligencia del que puede parecer tonto o simple o distraído.

Yo creo que, en el *Discurso del Método*, donde Descartes habla de los elementos que componen la inteligencia, se refiere a esta suerte de talento infrecuente.

Descartes concibe la inteligencia como la combinación de pensamiento ágil, imaginación nítida y precisa y memoria extensa y rápida. Es la primera página del *Discurso del Método* donde así lo escribe. Sorprende su no fingida

12 No se trata de una cita literal, sino de una elaboración sobre WITTGENSTEIN, Ludwig, *Diario filosófico: 1914-1916*, Barcelona: Planeta Agostini, 1986, días 11-6-1916 a 24-7-1916.

modestia. Tan poco fingida como la socrática, se debe de entender. Dice que no posee estos tres elementos en mayor medida que muchas de las personas a las que ha tratado.

Creo que ha de entenderse que el pensamiento no puede ser premioso. Quizás su transmisión en la palabra dicha o escrita sí haya de serlo. Sobre eso trata la exposición platónica de las dificultades de comunicación de la verdad filosófica en el *Fedro*. Y también de la superioridad de la filosofía dicha sobre la escrita. Piensa rápido y fíate de lo que pienses. Sigue la línea de tus asociaciones conceptuales. Seguramente esas sigan las reglas de la asociación de ideas de que habla Hume: asociación por semejanza, por contigüidad conceptual o por causa y efecto. De la semejanza nacerán las categorías más permanentes y substantivas, las que servirán de base a la intelección, de la contigüidad las que establezcan coincidencia o disyunción, y de la causa y el efecto la dinámica que permitirá transitar al pensamiento de concepto en concepto, de nota en nota hasta llegar a los principios que dan lugar a la comprensión.

De la noción de lo permanente y lo cambiante, Kant deriva las de substancia y accidente, y de esas la idea del alma. De la de exclusión y complementación, la acción recíproca, la idea del mundo, y de la causa y el efecto la de dios. Tres modos del tiempo: permanencia, simultaneidad y sucesión.

No importa si de todo eso el conocimiento sea imposible. No importa tampoco que la evolución del pensamiento ratifique o contradiga esas ideas. A mí me parece que la noción de verdad psicoanalítica y el método de la asociación libre emparentan con todo esto. Lo importante es que, sin uso del pensamiento, sin actividad de la mente creadora, no cabe nacimiento posible de la inteligencia. Volveremos sobre ello.

Ante un alumno que se bloquea y no sabe qué decir, solo es acertada la invitación no agobiante a la producción de ideas. Eso y no otra cosa es fomentar la inteligencia. La inteligencia faculta para conocer, pero no da por sí misma conocimiento. El conocimiento lo aporta la capacidad de iluminar líneas que guíen el pensamiento: la capacidad, se ha de decir, de imaginar conexiones, relaciones, puntos de continuidad y de ruptura. La imaginación hace ver “lo que tiene que ver”. La imaginación y el pensamiento quizás se desorienten y elijan caminos tortuosos o lleven a callejones escandalosamente sin salida, pero en sí mismos ni son aún conocimiento, ni son prescindibles si se aspira a la intelección.

Pensar e imaginar. Pero, ¿sobre qué? Entiendo que la respuesta cartesiana apunta a que lo que da materia para que el pensamiento y la imaginación no trabajen sobre el vacío es la memoria.

Conocer es recordar. Si tomo el fresco vaticano la *Escuela de Atenas* y cada elemento y personaje que se representan en ella, en la medida en que se ha establecido en mi memoria como una base, me permite pensar. Pienso, pues, sobre lo que sé y sé por la memoria: porque se han dado los tres momentos de instauración del saber: Inscripción, repetición y reconocimiento.

He visto repetidas veces la obra, la he reconocido y una vez registrada, puedo disertar sobre ella.

Puedo hablar de la pintura de Rafael porque soy capaz de hacerla presente a mi mente. No podría hacer eso con *El monje a la orilla del mar* o *Mujer en la ventana*, de Friedrich.

Freud dirá: el momento de ver, el momento de saber y el momento de querer. Su brillante fórmula para describir la transformación que experimentan los sujetos ante el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica, es sencilla

y ocurrente. Una muestra difícilmente mejorable de inteligencia cartesiana. El niño ve a la niña, sabe que ella no lo tiene (el pene) y él quiere conservarlo. La niña se lo ve al niño, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo. Fue Lacan quien leyó lucidamente esta cuestión freudiana y construyó a partir de ella su teoría de los tiempos lógicos: el instante de la mirada, el tiempo de comprender y el momento de concluir. Lo hace en su escrito: *El tiempo lógico y el aserto de una certidumbre anticipada*¹³.

Subrayo que ahora eso no suena acorde con los criterios del pensamiento correcto, pero que expresa claramente que la verdad y el saber se revelan en el campo del otro. El otro real, el otro del lenguaje, el otro que habla y actúa.

El otro estructural. De la absoluta igualdad no nacería el saber. Tiene que haber habido tiempo de olvidar, para que la victoria sobre ese olvido nos haga sabios. Eso es doloroso, como las muertes y los nacimientos lo son. Lo deseable, pues que inevitables, es que sean muy rápidos. El dolor es la técnica de la memoria, explica Nietzsche en la *Genealogía de la moral*. Duele olvidar, pero duele recordar. Una memoria rica y extensa es una pesada carga.

Ahora bien, sin esa pesada carga no hay inteligencia ni posible conocimiento. El sabio es pesadamente memorioso. Vamos a pensar más en lo que es la memoria para un atolondrado profesor de filosofía de un instituto de bachillerato.

He de decir que una vez puse un examen con el siguiente enunciado: “Haz una lista de afirmaciones, sentencias, aforismos o formulaciones verbales que te permitan pensar sobre temas diversos”. Di a los alumnos quince días para hacerlo y, me importa poco que copiaran, los resultados fueron extraordinarios. En uno de los ejercicios se empleaban más de trescientas formulaciones: llamémosles filosofemas.

Si tiene hierba, la vaca rumia. Un filósofo es una vaca, ironizaba Nietzsche.

Hay citas emblemáticas. Pensar desde citas emblemáticas acerca al pensar filosófico.

4. He hablado de la *Escuela de Atenas*, la gran pintura de Rafael Sanzio.

Ahora hablaré de unos archivadores de colores en los que, durante toda mi vida académica, mejor sería decir de profesor, o docente, he guardado mis notas de clase. Las indicaciones de lo que debería explicar en cada una de mis lecciones.

Esas dos cosas, la prodigiosa pintura y las farragosas notas, me permitirán contar una anécdota que creo que aclara porque sin memoria, sin guardar el saber en una instancia inmediatamente accesible a la mente, no hay conocimiento, ni inteligencia, ni filosofía. Se dice que lo mismo pasa con el ajedrez. Saber es saber de memoria. Kasparov nunca pudo con el programa *Deep Blue* porque éste tenía archivadas muchas más jugadas de ajedrez que él.

Creo que en mis clases siempre he hablado de memoria. Al recordar una expresión se generaba un discurso en cierto modo preestablecido. Esas expresiones referenciales son las ideas filosóficamente fértiles. Mis conocimientos.

[Antes de relatar la anécdota me permito recordar que una vez, hace muchos años, en un escrito, señalé que una idea es como un indicador de dirección. Quería decir, un faro que ilumina y orienta, en lo intelectual y lo práctico. Ahora se me ocurre que es, sobre todo, un estímulo para el pensar, el decir y el actuar.

Las ideas, y especialmente las filosóficas, vienen a ser como semillas que germinan, crecen y se multiplican en la mente.

El aprendizaje de una idea vendría a ser como el acto en el cual se entierra la semilla. La tierra, la mente, debe ser fértil. La planta, el árbol del saber, en la metáfora cartesiana, se irá desarrollando hasta dar como fruto el alumbramiento de una verdad. Si esa verdad es nueva, estaremos en presencia de un tesoro de significación. En cualquier caso, es muy difícil que una idea sea original. Haría falta ser Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, Freud, Wittgenstein o Heidegger para tener ideas originales. Para tener ideas originales, literalmente, que den lugar a formas de pensar radicalmente diferentes hace falta ser un genio. Poseer esa ingenuidad necesaria para ver de otra manera. O para caer en lo que nadie antes ha caído. Para asumir el riesgo de que de las nuevas ideas personas inteligentes y buenas puedan decir: no se entiende nada. Eso dijeron Jaspers y Husserl de la Primera Parte de *Ser y Tiempo*. O Norman Malcolm dice de algunas de las clases que Wittgenstein daba en sus habitaciones de Cambridge. Aunque luego añade: no se entendía nada, él parecía luchar contra una esencial dificultad de expresar lo que quería, pero era evidente que sobre aquello había pensado mucho.

Cito de memoria. Importa poco si cito con exactitud o no. Las ideas no son mías, me apropio de ellas como instrumentos para posibilitar mi reflexión. ¿Qué importaría si las inventara? Un sueño nunca es falso. Es igualmente un producto de la mente el sueño soñado o fantaseado. Ambos son susceptibles de interpretación. Y ponen en tránsito hacia la posibilidad del hallazgo de una verdad.

Durante años me preocupaba si Borges citaba o inventaba y era una preocupación bastante irrelevante. Creo que mucho más a menudo cita que inventa, pero siempre hace pensar y pone en marcha el pensamiento. Lo encamina hacia la verdad.

Volveré sobre ello. Al filósofo no le cabe más que retornar y repensar. Como le pasa al enfermo crónico con sus prácticas terapéuticas. Se ha de dializar cada día. La enfermedad no se cura, se mantiene a raya.

Me parece que fue Farrington, lo cita Guthrie en el capítulo que dedica en la magna *Historia de la Filosofía griega* a la *Carta VII* de Platón, quien escribió: la *Carta VII* está llena de sabiduría, pero no es la sabiduría del hombre de la calle, es la sabiduría del filósofo.

Las ideas filosóficas, así concebidas, alientan pensamientos que la imaginación enlaza y que engendran discursos filosóficos. Un profesor de filosofía viene a hacer de campesino en la época de siembra. Diría que la cosecha no es ya cosa que deba de preocuparle en exceso. Si ayuda a alumbrar personas agradecidas, no habrá sido poco lo que haya hecho.

Cierro el paréntesis.]

La anécdota verdadera es la que sigue.

Después de mi jubilación y cuando ya dejé disfrutar ansiosamente de la placidez de unos domingos por la tarde sin lunes y de unos agostos no ensombrecidos por la amenazadora posibilidad del septiembre, me entró el deseo de hacer alguna actividad filosófica. Lo más exacto sería decir de dar alguna clase de filosofía. Me costó mucho esfuerzo encontrar dónde hacerla y a quién dirigírsela. Un gran amigo me facilitó el camino y encontró la fórmula.

Bien: he podido hacer durante años unas charlas, dirigidas a personas mayormente retiradas o a las que medio obligué a venir a escucharme. He hablado de filosofía, de política, de literatura, de cine, de arte y movimientos artísticos y de otros temas varios. Nunca he dado una clase de historia de la filosofía. Creo que, por temor y por respeto a los filósofos cuyo pensamiento y cuyas ideas he

usado, siempre he procurado ser fiel a mi forma particular, que no original, de pensar y emplear las palabras.

Un día sentí un intenso deseo de hablar de la obra de Rafael Sanzio la *Escuela de Atenas*. Me había encontrado con una noción que no había salido de ningún libro. Ni de ninguna web. A mí eso me pasa muy pocas veces. Mejor sería decir que no creo que me hubiera pasado antes. Creo que por eso admiro y me fascinan las mentes de aquellas personas que tienen ideas nuevas o que encuentran maneras no planteadas antes de pensar las ideas de siempre. Lacan, Foucault, Arendt, se encuentran entre estos. No es fácil de superar en importancia la idea de Hannah Arendt de la banalidad del mal, o de la identificación del mal con la radical falta de empatía.

Pues bien, yo tengo la ilusión, posiblemente infundada, de que alumbré solo la idea de que en *La Escuela de Atenas* lo que pinta el joven genio Rafael es el ambiente que hace posible la transmisión del conocimiento.

Este es el tipo de expresión que se enuncia enseguida pero que tardaría mucho en explicarse. Desarrollar su explicación es algo que me ha permitido hacer el modo filosófico de pensar. Porque en ese ambiente que Rafael representa, o pinta, se contienen por igual la tensión intelectual, el diálogo, la grandeza de los maestros, el silencio atento y la dificultad de aprender, la soledad creativa, el deseo apasionado, la atención despierta, la curiosidad, el murmullo bullicioso de quien expresa sorpresa o ha quedado fascinado por lo inesperado, la contemplación... Todo aquello sin lo cual los métodos pedagógicos están condenados al más escandaloso de los fracasos. El buen maestro sacude y estremece y el malo fatiga y martiriza. Sócrates fue el mayor fenómeno educativo de la historia de occidente.

Y hay más. Rafael representa esta obra frente a otra maravilla titulada *La disputa de los sacramentos*. Una se sitúa frente a la otra, en la misma sala. Está representando el paso de una época, la del pensamiento teológico y escolástico a otra época, la del pensamiento clásico y renacentista. Muestra dos tipos de autoridad y de sabiduría.

Me detengo. No hace falta que repita más de mi presentación. En todo caso, quien así lo desee, podrá seguirla. La pondré a disposición de quien lo solicite.

Quizás me equivoque al pensar que todo lo que leo en la obra de Rafael, toda mi interpretación y exégesis, sea fruto del ejercicio del modo de pensar filosófico. Quizás, sin una mente apropiada para ese modo de pensar, se pueda hacer más y obtener mejores frutos. Es posible. En todo caso yo no he encontrado nadie que lea mejor la obra de arte que Foucault, o que entienda mejor la compleja realidad del lenguaje simbólico que Wittgenstein, Kant o Lacan.

Seguro que cada clase de saber tiene su valor. Ninguna disciplina como la ciencia para describir la realidad fenoménica y su orden interno, ni la mitología para iluminar el escenario mental de la vida cultural humana. Pero, la filosofía es otra cosa. Hay inteligencia científica, matemática, perceptiva, práctico-técnica, poética y musical y también filosófica.

La inteligencia y la sabiduría no son lo mismo, siendo ambas virtudes superiores.

No sé por qué ni en qué momento me fascinó esa obra de las estancias vaticanas. Conjeturo que la presencia de Platón y Aristóteles y sus libros el *Timeo* y el *Nicómaco* me hizo pensar que la obra decía algo a lo que había que seguir la pista. De eso hace toda una vida. En aquellos años aún se podía ir a las Estancias Vaticanas y pasar un buen rato mirando la pintura.

Luego la he mirado mucho. Me he documentado sobre ella. He entendido que Rafael establecía las bases del nacimiento de la nueva sabiduría y de los Estudios de Humanidades, de las letras humanas en vez de las divinas. Incluso he podido pensar en la amabilidad de Euclides, la seriedad de Pitágoras, la gestualidad de Sócrates y la erótica mirada que cruzan Rafael y Margarita Lutti. He podido establecer la conexión de todo esto con la convivencia intercultural que se originó en las escuelas de traductores, desde Domingo Gundisalvo hasta Baldo de Ubaldis y Bartolo de Sassoferrato. Todo esto es fruto del enlace entre piezas mnémicas. La conceptualización es más cosa del pensamiento abstracto, al que me he referido como filosofía difícil. Eso que planteo, analizado arqueológicamente por Foucault, sería verdadera filosofía conceptual. Mi mente no alcanza a poder.

Así se originó mi descubrimiento, a partir de él se gestó una presentación de la que me siento satisfecho y a la que titulé: “Lo que veo en la pintura de Rafael la *Escuela de Atenas*”. Esa fue una buena presentación filosófica.

La memoria, a tiempo pasado, nos permite mirar y ver de otra manera.

Lacan decía que el psicoanálisis es una terapia que no es como las demás. De ahí surge la formulación verosímil de que la filosofía es un saber que no es como los demás: un saber hacer cosas con lo recordado de manera diferente. Cosas que hacen de quien la practica alguien no del todo igual.

También es un saber mirar y escuchar de otra manera. Un saber qué hace posible otro tipo de comprensión. Una comprensión de otro nivel.

Y termino la anécdota. Cuando me retiré estuve pensando qué hacer con mis archivadores de colores: el de cada época, el de autores, movimientos, temas y lo que se quiera. Ahí se contenían todas mis ideas filosóficamente productivas. También los desarrollos literales que había explicado decenas de veces y que eran un auténtico depósito de sabiduría, una reserva de mi saber.

Y decidí tirarlos.

Deshacerme de ellos.

Los destruí, pero ahí están muchos de ellos, seguramente casi todos, almacenados en la memoria. Tiene lógica. Si no estuvieran en la memoria, si no los supiera, no me servirían para nada. Y si hubiera perdido la memoria estarían allí, en la polvorienta estantería, sin aportar nada a mi vida. Con mínimas probabilidades de que algún otro fuera a hacer algo con ellos.

Cuando se pierde la memoria de lo que una ha sabido, entonces uno deja de ser lo que era. Al final de su vida de profesor, Jean Paul Sartre, que iba perdiendo progresivamente la vista afirmó: “Mi oficio de escritor está completamente destruido”¹⁴. Sartre no era igual que Borges o que Homero, que hicieron luminosa su falta de visión.

Sartre, Wittgenstein, Kant, Hegel, Heidegger, Husserl, Jaspers y muchos otros fueron funcionarios. Profesores en la Universidad.

Algunos desconocidos hemos sido también funcionarios, en la escuela secundaria.

Que una persona sea funcionaria indica que ha sido elegida y designada. Eso quiere decir, autorizada. Un momento de atención sobre ello.

Aquí se ha de hablar de la autorización que se da uno mismo y de la autorización del otro. Del Gran Otro del lenguaje y del saber y del otro del orden político. Un psicoanalista auténtico se autoriza a sí mismo a practicar el análisis y necesita de otro al que testimoniar en qué fundamenta esta autorización. Si no funciona algo de este orden, entonces es solo un farsante y un tramposo. El

propio Freud, que inventó el psicoanálisis, hizo algo equivalente en su correspondencia con Fliess, al que llamaba “mi otro”.

El joven licenciado en una carrera, frecuentemente después de obtener su título, se presenta ante un tribunal que, si así lo considera, le autoriza a ejercer de profesor. El tribunal representa al estado. Es el estado quien entiende que ese joven estudiante puede hablar en su nombre.

Aún en los momentos en que más se ha puesto en duda el método de selección de funcionarios docentes, más he creído yo que esto era así. En cada una de mis clases, en cada momento de todas ellas, yo sabía que actuaba sostenido en mi lugar por otro al que en la medida de lo posible representaba.

Pierrepont, el último verdugo británico, también funcionario, reconoció al final de su carrera de muertes, que su práctica profesional se había sustentado en un terrible malentendido. No es mi caso. Sé lo que no he hecho bien, lo que podría haber hecho mucho mejor, pero el encargo recibido no implica ningún error de base.

Los alumnos que la sociedad, el estado, han recibido de sus familias y el sistema ha puesto en mis aulas eran suyos y he mirado de devolvérselos en un mejor estado de aquel en que los recibí.

La enseñanza de la filosofía es, parafraseando a Borges, el honrado intento de volver más humanos a los alumnos que la aprenden.

5. El órganon de la filosofía, su instrumento esencial es la palabra que da soporte a la mirada, la escucha y permite a la experiencia dar sus buenos frutos. La filosofía es inteligencia discursiva, saber de los propios límites, hija de la incertidumbre y generadora de certezas mejor fundadas.

La filosofía fácil piensa tal como he ejemplificado al hablar de la *Escuela de Atenas*. En mis carpetas de colores antes y en mi memoria ahora casi tanto como antes, se contiene el depósito de significación alojado en enormes racimos de filosofemas, aforismos o proclamas filosóficas, del que se extraen las nociones necesarias para pensar de ese modo al que he llamado el modo de pensar filosófico.

Si no se emplean esas reservas el pensamiento puede ser riguroso, pero no es modo alguno filosófico.

Su tarea se realiza al aprovechar estas perlas elementales de sabiduría (las agalmas de las que habla Sócrates en el *Banquete*) para alumbrar la visión de las cosas bajo su luz. Para ver la realidad con visión comprensiva: visión sinóptica. Creo que no hay mejor manera de expresarlo que cómo la hace Platón en el mito de la caverna.

El psicoanalista Jorge Belinsky decía: si miras la palabra de cerca, la palabra mira lejos¹⁵. El filólogo, el etimólogo enseñan ese camino. Toda palabra es un depósito inusitadamente rico de significación. Diría que un depósito inagotable de significación. Si alguna de esa significación se usa para pensar la vida, entonces se usa filosóficamente.

Y si se piensa la vida, el sujeto se puede llegar a conocer más a sí mismo. Sorprende la fuerza del aforismo: Me he pasado la vida preparándome para la muerte y he aprendido a vivir¹⁶.

6. ¿Sobre qué problemas dirigir la atención filosófica? No todo va a ser pensar los cuadros, las películas, las novelas o las series. A mí me impresiona lo que

15 BELINKSY, Jorge, *El retorno del padre*, Buenos aires: Lumen, 1991.

16 Aforismo atribuido a Cicerón. Probablemente apócrifo. Referencia inhallable.

Heidegger, el paradigma de la contradicción interna del filósofo-persona, decía después del año 68 a quienes le preguntaban por el sentido de estudiar filosofía y por las dificultades de su época.

Es paradójico, pero a mí me sirven para entender los motivos de mi vida profesional, los mismo que aquellos que da Heidegger a los jóvenes que se sienten inclinados a estudiar filosofía.

Cuando en 1965 le preguntaban por los consejos que daría a un joven que fuera estudiar filosofía, decía: “Que no frecuente la universidad y que no estudie la filosofía tal como se la enseñan en la Universidad. Que lea a los griegos”¹⁷.

Bien: yo no he frecuentado la universidad. Me han faltado conocimientos e inteligencia para ello. No hubiera podido competir con los profesores universitarios. Eso quiere decir, no he sido un lector de textos ni un hermeneuta en sentido fuerte. No he navegado por mares de profundidad y belleza superiores. He estado en casa, en el instituto y en la calle. No he profundizado en la filosofía: me he servido de ella y por medio de ella he pensado la vida.

Con el tiempo he ido acostumbrando a mi mente a la práctica del estudio incesante, de muchas horas. Un estudio pensado siempre con el objetivo de abrirlo a su enunciación en voz alta y para otro: a veces yo, a veces mis alumnos, a veces, otras personas. En alguna ocasión he hablado como con un padre. Mi padre no quería que yo estudiara filosofía.

También he seguido el consejo de Heidegger de leer a los griegos. El tópico me haría decir que en los griegos está todo, como señala Whitehead en *Proceso y realidad*, toda la filosofía se escribe anotando al margen de los diálogos de Platón.

Pero yo creo que hay otra razón que tiene más que ver con la ingenuidad de los filósofos y con mi falta de recursos intelectuales: en los griegos está la filosofía más natural. Es un pensamiento que brota de la superación reflexiva del mito y que se acoge a las formulaciones más inmediatas. No es un pensamiento al que le haga falta romper con ninguna tradición, ni imponerse como nueva vuelta de tuerca.

Las doctrinas de los filósofos griegos son las primeras y más puras concreciones del uso conceptual de la palabra. Eso es completamente evidente en la *Metafísica* de Aristóteles, especialmente en el libro quinto, y en la *Ética nicomáquea*.

Sorprende el rigor y exactitud con que clasifica las virtudes y las clases de amistad. Su arte es el de la definición exacta y rigurosa. La definición que hace inteligible y comprensible la realidad.

Que viera que el cambio solo se da cuando aquello que cambia permanece constante a lo largo de todo el proceso, es la demostración de que se podrá matizar lo que haga falta, pero que la noción ya está establecida.

La filosofía griega es fundante e instauradora: creadora de razonamiento y modelos de explicación. La filosofía es repensar los eternos problemas del pensamiento.

Yo creo que, como en la enfermedad, la solución del problema está en gran medida en cogerlo a tiempo, en formularlo correctamente. La filosofía ha de pensar los problemas en que pensaron los griegos. Las preguntas kantianas sobre el conocimiento, el deber y la finalidad se encuentran en la filosofía. Desde muy al principio.

17 POSSE Abel, “Recuerdo de una visita a Martin Heidegger”, *La Prensa*, Suplemento literario, 12 de agosto de 1979.

Además, la filosofía griega fue, tanto como las otras y aún en mayor medida, pensamiento sobre la realidad: sobre la sociedad, la vida, el comportamiento de los humanos. Los griegos, sin complejos ante ningún pasado demasiado farragoso, dieron un perfecto ejemplo de cómo pensar su propia época. Y de rendirle un servicio.

Heidegger hace brillantes observaciones sobre esto, que aquí recogemos de diversas fuentes, parafraseándolas. En el pensamiento filosófico dominan las profundas ligazones con el ser, por eso todos los grandes pensadores piensan lo mismo. La pregunta filosófica siempre envuelve en su seno al preguntante. La Filosofía es hermana de la Religión y del Arte. Sin nostalgia no es posible filosofar. Podemos filosofar porque nunca nos sentimos en casa. Filosofamos porque hay un todo que de algún modo nos solicita. El todo que nos requiere al preguntar filosófico es inalcanzable e inquietante: La inquietud es el signo de nuestra limitación y finitud.

Creo que estas observaciones del anciano Heidegger implican todo aquello de lo que he estado tratando: El sentimiento como raíz del pensamiento filosófico. Diría que el sentimiento de melancólico desasimiento. Freud habla de una *Hilfslogiskeit*: desvalimiento, desamparo. La atención a una llamada: la llamada del otro pasado, el eco de cuyas palabras resuena en nuestro vivir. La desubicación de lo humano: entiéndase la dificultad de realizar cómodamente la función de ser humano. Platón ubica el anhelo de realización humana resuelto con éxito en un exterior: en una tierra limítrofe con esta pero que no es esta, en una tierra que no es ninguna tierra, que no tiene lugar, pero que nos moviliza y determina en tanto que habitantes del mundo de las formas y los símbolos. Eso retorna en el “mi reino no es de este mundo”. San José no es el verdadero padre. La paternidad es una función representativa.

La conexión de esto con el arte, la religión, con la añoranza de un paraíso perdido, de una edad de oro, con la tierra de la gran promesa, es propia de toda filosofía.

Los individuos humanos siempre somos repetición y novedad: hemos de pasar por el trance y aprender de ese paso. Pero ese ser nuevos exige que la pregunta sea siempre a su vez la misma pero renovada.

Lo que renueva la pregunta es la determinación del carácter histórico de la biografía humana.

Pensarse, de nuevo, es pensar la propia época. No es apropiado a la vida personal no tener en cuenta que somos seres históricos y no pensar la propia época. Si se vive de espaldas a la propia dimensión histórica, si se oscurece la condición de la propia época, la vida se empobrece y se existe sin un nivel de conciencia rico y suficiente para autentificar la propia existencia.

¿Qué puedo decir ahora sobre cómo se piensa la propia época?

Puedo decir que se ha de tener en cuenta que nuestra palabra, nuestras formulaciones, nuestras doctrinas, no han existido siempre. Hay que mirar atrás y darse cuenta de los efectos que causan los acontecimientos históricos en los tiempos que les siguen.

Tampoco se trata de mirar muy atrás. Basta reflexionar sobre una magnitud cronológica imaginable. Una magnitud no cosmológica, de una duración temporal semejante a una vida humana.

Se podría tomar un siglo. Pensar lo que pasó hace un siglo y lo que se ha perdido e incorporado a nuestra realidad. Hace un siglo no existían los dinosaurios y la luna era aproximadamente lo que es hoy. Pero 1917/1918 no son como 2017 y 2018.

2017 y 2018 son nuestro ahora. Vuestro ahora infantil, adolescente, de treintañeros, cuarentones o maduros y nuestro ahora de ancianos. La edad nos posiciona de modo particular frente al ahora.

1917 y 1918 son nuestro antes. Un antes en que se establecían las bases de lo que ahora caracteriza a nuestra época, pero que era esencialmente distinto a lo que caracteriza al presente de esta segunda década del siglo XXI.

En 1917 Wittgenstein escribe en el campo de batalla de las trincheras. Tristán Tzara funda en el Cabaret Voltaire el dadaísmo. Heidegger ya está en Friburgo dándole vueltas al *Ser* y al *Tiempo*. Ya ha alumbrado la noción de *Dasein*. En octubre cae el régimen zarista.

Es una simplificación, pero se abren tres caminos en cuya interacción se juega la evolución del siglo: A las vanguardias estéticas se opone el pensamiento Existencialista fenomenológico. Al orden del mercado, la experiencia del socialismo real.

Y todo pasa por las manos de unos cuantos individuos que llevan una vida personal particular y que se reúnen en pequeños círculos interconectados. El grupo surrealista no llega a más de una veintena de personas y en su núcleo fundante quizás solo a dos: Aragon y Breton. En 1937, Picasso escribe una obra de teatro: *El deseo atrapado por la cola* y bajo la dirección de Camus, se reúne un cuadro escénico del que forman parte Sartre, Simon de Beauvoir, Lacan, Sebastian Peret, que será marido de Remedios Varo, Paul Éluard y su hermana y pocos más. Se ha sellado el encuentro de la vanguardia surrealista, el pensamiento existencialista, la militancia comunista y el saber analítico,

Los existencialistas, los vanguardistas y los revolucionarios viven y conciben el mundo de otra manera. Son hijos espirituales de la derrota de los grandes relatos de que habla Jean Lyotard y de la revolución intelectual de Marx, Nietzsche y Freud.

Pero es que además ha llegado el cine, la telefonía, las armas, los aviones: el mundo es otro. Más pequeño, más tecnificado, menos libresco. Al hombre romántico y su aspiración de absoluto le ha substituido el hombre desconcertado, inseguro, escéptico e innovador.

El XVIII es un siglo de ilustrada ilusión, el soñado fin de la minoría de edad del ciudadano occidental. El XIX es el siglo de las exhibiciones universales, de la totalidad de la obra realista, de la definitiva revolución industrial, del fin de la ingenuidad. Se empieza a establecer una vida cotidiana diferente a la anterior. Ya no se sueña, sino que se realiza.

El XIX es el siglo pasaje. Benjamin, en su póstumo *Libro de los Pasajes* descubre un modo de interpretar una época por oposición a la que le precede y le sigue. París y Berlín son la esencia del siglo XIX. El XX es siglo de hundimientos, del Titánic, de la bolsa, de la física newtoniana, de la concepción realista del lenguaje, del discurso literario natural, realista y naturalizado.

Aparecen los pintores del domingo, las salas de cine, el jazz y el charlestón: la guerra se realiza en plenitud por dos veces durante el siglo, ya desposeída de casi todo su halo de fascinación heroica homérica.

La visión del ser humano, de su sexualidad, del poder ceden a la presión explicativa de los descubrimientos y postulados freudianos. El inconsciente está estructurado como un lenguaje, el inconsciente es el discurso del otro, los decires son actos y muchas veces actos engañosos. La ciencia ya no tiene nada que ver con el sentido común: su objetivo no es el saber de las causas, sino la descripción de lo regular que haya en la naturaleza.

Los niños juegan de otra manera. Las mujeres se revueltan contra su situación histórica. Parece haber una radical transformación de la sexualidad y de las tensiones intersexuales.

Cuando, en 1950 y 1960 este profesor retirado y sus amigos vivían su época de niños y adolescentes, los trenes iban despacio y se movían, era raro viajar en avión, se aprendía de libros y de enciclopedias, el saber se alojaba en estantes y se disfrutaba del cine y se oía hablar del deporte, que nunca era otra cosa que un relato y algunas fotos. La vida exigía salir de uno mismo en busca de otros que ilustraban sobre el camino de la sexualidad, del amor y del saber. La realidad se mantenía a una justa distancia.

Ahora los libros sobran. La técnica lo resuelve casi todo. No se sabe bien qué es ser un padre, ni cómo tratar a unos viejos que abundan más que antes y que son incompetentes en las destrezas básicas.

Todo se resuelve en la relación con pantallas cada vez más pequeñas e interactivas. El signifiante cadena para referirse a una emisora de televisión ha cambiado su significado. La televisión encadena, pero ofrece la libertad de no depender de horarios y hacerse la programación a la carta. Todo esto aísla cada vida privada de las demás

Ya nadie escribe cartas y ya no se desvela el final, se hace *spoiler*.

Y todo funciona. La técnica y la revolución informática y digital lo dominan todo.

Decía Heidegger pensando en la técnica: La filosofía no puede entender ni desactivar el dispositivo que la inteligencia humana ha fabricado¹⁸.

La técnica, el ser a la mano de las cosas del mundo, valga la contradicción, se nos escapa de las manos. Los viejos de la época actual vivimos más años, pero nuestra cualidad básica es la incompetencia.

Una pregunta esencial sobre esta época nuestra es la pregunta por la técnica y los nuevos hábitos.

¿Cabe pensar en la recuperación de una amistad sin *WhatsApp*? ¿De una relación sin la mediación de una superficie plana y brillante? Ya será cierto más allá de todo simbolismo lo que decía Lacan: “la relación sexual no existe”¹⁹.

Todo esto me hace sentir el desconcierto e inseguridad que caracteriza a los primeros años del siglo XX. Sentir una enorme proximidad a lo que plantea Lyotard en *La condición postmoderna*. Pero hay un matiz que no encaja. Lyotard habla de caída de grandes relatos y de una Historia que se libera del pensamiento de los estados nacionales y eso último no casa bien con los movimientos sociales y políticos que ha traído el siglo XXI.

La técnica y la red encierran al sujeto en casa, lo encriptan, pero a su vez se percibe una especie de resurgimiento del apego al suelo natal. Es difícil de entender.

El mito pedagógico de la Escuela Moderna es el de que hay que aprender a aprender, integrarse y profundizar en el entorno, pues que lo otro es ya accesible, está en la nube. La generación de los que ahora son jóvenes es la mejor preparada de la historia. Se dice. Pero no les hace falta mucho la memoria.

Hemos de meditar. Qué lugar ha de tener el amor al suelo natal en esta época en que se ha impuesto una civilización mundial completamente tecnificada y uniformizada.

18 HEIDEGGER, Martin, *Sobre la pregunta por la técnica. Conferencias y artículos*, Barcelona: Serbal, 1994.

19 LACAN, Jacques, *Seminario 19* (“...ou pire”) y *20* (“Encore”), Buenos Aires : Paidós, 2012 y 2006.

Parece que la técnica es ingobernable. Los fenómenos del terrorismo y la violencia humana adquieren formas más y más extraordinarias y crueles.

Se ha abolido la pena capital en muchos sitios, pero una furgoneta se convierte en un arma de destrucción masiva.

Dudo. No sé, no entiendo. Me esfuerzo en hacerlo. Pero ya no vale el discurso del padre, ni del sabio. Ha vuelto el Amo. La técnica produce unos efectos que los humanos no podemos dominar. Se ha establecido un sistema en que la información inmediata es la base de todo. Un sistema, hay que decir, que funciona. Por lo menos en apariencia todo funciona y ese funcionamiento produce una inercia al mayor funcionamiento y a la más rápida obsolescencia.

El viejo filósofo y el viejo profesor, aún el padre y la madre clásicos, se han vuelto obsoletos. Han fosilizado. Va quedando muy atrás lo que habían sido y solo les queda el desarraigo.

Es demasiada la magnitud de lo que del pensamiento la época actual requiere. Yo creo que va más allá de los límites de lo que la inteligencia puede pensar.

Este de hoy es un mundo nuevo.

Para los viejos un mundo de existencia solitaria y para muchos jóvenes de existencia solipsista. Viven encapsulados. Hay un enquistamiento. Quizás a la espera de la llegada de un tiempo nuevo. Las manifestaciones de interés por el estudio de las humanidades deben de significar algo. Que la técnica no lo da todo. Que hay algo que hace falta.

7. He titulado este artículo “Mas allá de la ventana el mundo”. Creo que podría haberlo titulado como un artículo de Friedrich Waissman: “How I see Philosophy”. Mi visión de la filosofía. La tesis central que se defendía, muy wittgensteiniana, es la de que los problemas filosóficos son con frecuencia malentendidos concebidos como problemas y que no se trata de resolver problemas sino de disolverlos.

Ya me queda poco por decir. Lo que le debo a la filosofía. Un día escribí: lo mejor que puede haber en mí está causado por la filosofía; el resto es mi carácter, injusta afirmación: gratitud por mis virtudes a mis antepasados, a la música, a las palabras de los libros, a las obras de arte, al cine y sobre todo a las personas que me han querido y se han dejado querer por mí.

La vida es un milagro pequeño e inexplicable.

La filosofía debe de recibir mi gratitud porque me ha hecho compañía y me la hace siempre. Porque enriquece mi soledad y me permite sentir que comprendo un poco ante tal torrente de hechos caóticos.

Le agradezco lo mejor que creo que hay en mí porque siempre que he pensado y explicado filosofía lo he hecho impulsado por emociones positivas. Debo matizar: una emoción es positiva cuando no se fundamenta en un malentendido de base. La tesis es de Spinoza. El arrepentimiento, los reproches, la ira son móviles erróneos para la actuación. El otro es tan imperfecto y falible como uno mismo, y no hemos de despreciarlo pero tampoco que entronizarlo. No nacemos limpios ni buenos, ni basta con tener buenas intenciones para actuar correctamente. Por tremendos que puedan ser Nietzsche y Cioran, entiendo que solo cabe filosofar desde la empatía, la compasión y la necesidad del otro, pero conservando la lucidez de quien sabe con quien trata y quien y como es él mismo.

Y los otros sentimientos no capacitan para el filosofar sencillo. Un profesor de filosofía no puede sino tener buena voluntad, o voluntad buena para sus

alumnos. No puede pecar de ingenuo ni de prepotente. Y si lo hace, no desempeñará la tarea que le corresponde. Es difícil no ser esclavo ni verdugo, pero en un término medio debe ubicarse la virtud profesional del profesor de filosofía.

Ahora que mi tiempo profesional ha pasado y, tal como explicaré, ya solo soy un paseante, me hace sentir bien que mis amigos Pilar E. e Ignacio M., tengan la oportunidad de hacer de sus emociones positivas combustible para sus lecciones. La inteligencia filosófica es una inteligencia que a mi entender es provocadora de auténtica vida moral y de humanidad. Ambos son personas a las que admiro sin límites.

No tengo demasiado que reprocharle a la filosofía. A veces me ha hecho sentir solo y me ha puesto ante mí mismo muy en evidencia. Me ha hecho sentir la dureza de mi inconsistencia moral, intelectual y existencial. Creo que esa labilidad nos caracteriza a todos.

Lo peor que le puedo reprochar es que no me ha librado de sufrimientos innecesarios ni me ha dado la fuerza suficiente para aventurarme más en la vida. No me ha librado de mis síntomas.

Pero me ha hecho quedar bien y ejercer de profesor, de amigo y de persona con una cierta, digamos que suficiente, dignidad.

Acabará hablando del relato de Borges: *El milagro secreto*. Y luego explicará una anécdota.

El milagro secreto es un relato que forma parte de la recopilación *Artificios* de 1944. Breve. Cualquiera que haya seguido este artículo hasta aquí, lo leerá enseguida.

Empieza con una cita de *El Corán*, II, 261. Obsérvese que Borges usa su memoria. La cita dice así: “Y Dios lo hizo morir durante cien años y luego lo animó y le dijo: ¿Cuánto tiempo has estado aquí? Un día o parte de un día respondió”²⁰.

Nos sitúa la narración en Praga el 14 de Marzo de 1939, el día en que las tropas del tercer Reich ocupan la ciudad. Un escritor judío, Jaromir Hladik, heterodoxamente sabio, es detenido después de tener un sueño. Todo evoca a Kafka.

Jaromir había traducido el Sefer Yezirah y un juez nazi, no hay hombre que fuera de su especialidad no sea un crédulo, lo condenó a muerte.

Jaromir sintió terror ante la expectativa de ser fusilado. No le hubiera horrorizado tanto la horca, la decapitación o el degüello. En eso siente lo contrario que yo.

Estuvo, obsesivamente, pensando en cómo sería morir frente al pelotón. Imaginaba incesantemente el momento de la ejecución.

Llegó la semana prevista para su fusilamiento y para librarse del horror pensaba... aún no. Él todavía no permanente de que habla Heidegger.

Cuando se acercaba el principio de la semana del día de su ejecución “razonaba en voz alta: Ahora estoy en la noche del 22; mientras dure esta noche (y seis noches más) soy invulnerable, inmortal”²¹.

Pensaba en el tiempo y repasaba las diversas teorías de la eternidad pensadas por la filosofía desde el ser inmóvil de Parménides. Especulaba sobre el carácter falaz del tiempo.

Rememora el drama en verso *Los enemigos*. La desarticulación y repetición del tiempo. La suspensión del modo de la contigüidad.

Imaginó que él era el autor de esa obra y que aún le faltaba redactar dos actos: siempre queda algo por hacer. Es difícil que un hombre de por acabada su

20 BORGES, Jorge Luis, *Ficciones*, Madrid: Alianza, 1979, p. 149.

21 BORGES, 1979, p. 151.

obra. Habló con Dios: “Para llevar a término este drama, que puedo justificarme y justificarte, requiero un año más”

La última noche soñó en una biblioteca. Una voz ilocalizable le dijo: “El tiempo de tu labor ha sido otorgado”.

Como a Sócrates al que la voz en el sueño le dijo: “compón música”. Y muy socráticamente recordó que los sueños de los hombres pertenecen a Dios y que Maimonides ha dicho que son divinas las palabras de un sueño.

Enseguida le dieron el paseílo. Lo llevaron al lugar de la ejecución y allí llegó a las 8:44, dieciséis minutos antes de la hora señalada. Aceptó un cigarrillo del Sargento por cortesía o por humildad, porque el no era fumador. Recordó a su esposa.

Por fin el sargento vociferó la orden final.

Ahí Borges utiliza el recurso del punto y aparte: “El universo físico se detuvo”.

Las armas le apuntaban, pero nadie se movía. Nada trascendente ocurría.

Pensó: estoy en el infierno, o estoy muerto o estoy loco. Pensó el tiempo se ha detenido.

Pero el tiempo es condición para el discurrir del pensamiento. Para comprobar que pensaba repitió mentalmente la misteriosa cuarta *Bucólica* de Virgilio. Sintió que la angustia se apoderaba de todo. Esa égloga habla de un niño que nacerá por la angostura del conducto vaginal y llegará para refundar una Edad de Oro.

Dios le había escuchado. Iba a ser ejecutado por la Gestapo pero en su mente activa pasaría un año entre la orden del disparo y la ejecución de esa orden. De nuevo el eleatismo monista y estaticista

Dice Borges: “De la perplejidad pasó al estupor, del estupor a la resignación, de la resignación a la súbita gratitud. Tuvo tiempo de imaginar entera la redacción del segundo y tercer acto, como el *Jugador de Ajedrez* de Stefan Sweitz sus partidas perfectas.

Ya no quedaba nada por hacer. Una gota de agua resbaló por su mejilla e inició un grito terrible y la descarga lo derribó. Jaromir Hladik murió el día previsto para su ejecución a las nueve y dos minutos de la mañana”.

Una vez en que hice leer y comentar este relato a mis alumnos, una buena estudiante me preguntó: ¿Y qué tiene que ver lo que le pasa a un condenado a muerte con nosotros?

Callé. Una voz del aula dijo: todos, desde el principio somos condenados a muerte y nuestra vida es la milagrosa oportunidad de concebir una obra y concluirla.

La joven se echó a llorar.

La melancolía es el gesto supremo del espíritu. La muerte de cada uno y sus milagros secretos conciernen a la reflexión sobre la vida.

Luego he estudiado la cuarta Égloga y he visto su conexión con el libro de Isaías que Virgilio probablemente conocía: Isaías 11. 6-11.

“El lleó conviurà amb l'anyell, la pantera jaurà amb el cabrit, menjaran junts el vedell i el lleó; un nen petit els guiarà. La vaca i l'ossa pasturaran juntes, jauran plegades les seves cries. El lleó menjarà palla amb el bou, l'infant de llet jugarà vora el cau de l'escurçó, el nen ficarà la mà a l'amagatall de la serp. Ningú no serà dolent ni farà mal en tota la muntanya santa, perquè el país serà ple del

20 BORGES, Jorge Luis, *Ficciones*, Madrid: Alianza, 1979, p. 149.

21 BORGES, 1979, p. 151.

coneixement del Senyor, com l'aigua cobreix la conca del mar. Aquell dia el rebrot de Jesse s'alçarà com a bandera entre els pobles; les nacions li demanaran Consell i el lloc on habitarà serà gloriós. Aquell dia, el Senyor tornarà a mostrar el seu poder per rescatar la resta del seu poble: els que quedin”²².

Una nueva infancia, un liberador, la recuperación de un poder, la edad de oro, temas repetidos en la mitología y la épica humanas. El lenguaje produce las figuraciones que le hacen falta.

Ahora el profesor jubilado es un paseante. Las horas que pasa encerrado en sí mismo, o pensando o escuchando música le permiten enriquecer su soledad. Recuerda el pasado y mira el mundo del que está separado por la ventana. Un mundo que ya no le reclama nada y que va, como a caballo de la quimera cual si persiguiera fuegos fatuos.

Cuando sale a la calle, el profesor se convierte en paseante, más bien flâneur, en deambulante. Se encuentra con dos amigos y lleva su memoria y sus palabras con él, aunque esté mayormente callado. Ha visto que la vida se acaba comprendiendo como el paseo por un sendero estrecho.

Deja que las campanas marquen el ritmo de la vida mientras se desplaza. Recorre reflexivamente, abriéndose a la vida que le prestan el paisaje y los amigos, el sendero campestre y su senda de pensador.

Si va a la ciudad comercial y turística se siente como un aldeano en París.

No es mala ni pobre su soledad. Su discurrir le hace sentir que está cayendo en la cuenta de que la psicogeografía no es ninguna tontería. Y en el pasear la ciudad se revela llena de inesperados detalles que manifiestan la vida pasada y la presente.

Recuerda, siente algo de nostalgia, mucha gratitud, disfruta y procura mantener vivo el archivo de su memoria.

Regresa a casa para encontrar nuevos estímulos para su pobre pensamiento de profesor de filosofía.

Desde su retiro, más allá de la ventana está el mundo.

Acostumbra a irse adormir agradecido.

Un momento antes de que la consciencia le abandone, se pregunta por las dos clases de liberación de que habla Platón en el mito de la caverna: La liberación del grillete y la posterior liberación que da el ascenso hacia el mundo exterior. Y se pregunta, ¿Quién le quita los grilletes al prisionero?

ALIA

Revista de Estudios Transversales

Barcelona, junio 2018

Asociación de Apertura Crítica

ISSN: 2014-203X